



## Solemnidad de Santa María Madre de Dios

La Palabra que existía desde el principio, que estaba junto a Dios y era Dios, se nos manifestó en el Evangelio del día de la Natividad del Señor como la fuente de la vida y como luz verdadera que alumbra a todo hombre. En la Palabra “estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres” (Jn 1,4). Y esta Palabra “se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria; gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1, 14). Así pues, en la Palabra de Dios hecha carne, es decir, en Jesucristo, se revela la gloria del Hijo único del Padre como vida y luz de los hombres. Por ello, dirá Jesús con razón: “Yo soy la vida” (Jn 14,6), “Yo soy la luz del mundo” (Jn 8,12).

Jesús, el Cristo Salvador, que es “la imagen del Dios invisible” (Col 1,15), es el hombre perfecto, que ha desvelado el misterio del hombre y ha restaurado en la descendencia de Adán la imagen de Dios deformada desde el primer pecado; y así manifiesta al hombre la verdad plena de su naturaleza y de su vocación.

Al nacer Jesús en la familia de José y de María, el Hijo de Dios se ha unido en cierto sentido con todas las familias y les propone de forma cercana como ideal la familia de Nazaret. Y al nacer el Hijo de Dios de una mujer, propone la maternidad de la Virgen María como referencia para la significación religiosa y espiritual de toda maternidad humana. Así la Navidad proyecta su luz hacia todos los aspectos de la vida de los hombres.

La lectura hoy proclamada de la carta de san Pablo a los Gálatas (4, 4-7) nos ofrece claves fundamentales para comprender la maternidad de María.

La maternidad virginal de María fue una obra del Espíritu de Dios, para quien nada es imposible. Este hecho aconteció “cuando se cumplió el tiempo”, “cuando llegó la plenitud del tiempo” (Gal 4, 4) , es decir, en el momento de la historia humana libremente elegido por Dios para dar a conocer a todos el misterio de Cristo, en quien fueron creadas todas las cosas y por medio de quien todas han sido con Dios reconciliadas (cf. Col 1, 16-20). “Llevado de su amor -leemos en la carta a los Efesios- (Dios) nos destinó de antemano, conforme al beneplácito de su voluntad, a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, para que la gracia que derramó sobre nosotros, por medio de su Hijo querido, se convierta en un himno de alabanza a su gloria” (Ef 1, 4-6). Y la misma carta continúa diciendo: “(Dios) nos ha dado a conocer sus planes más secretos, los que había decidido realizar en Cristo, llevando la historia a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra” (Ef 1, 9-10).



Carlos López Hernández

En este último texto se ha señalado que la historia humana alcanza su plenitud en el tiempo de la vida y glorificación de Cristo. Como expresa la carta a los Hebreos, esta es la etapa final, en la cual Dios “nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo” (1, 2). Este lugar central de Cristo se ha expresado en la historia de los países de raíz o influencia cultural cristiana mediante el cómputo de los años desde el nacimiento de Cristo.

Hoy iniciamos el año 2013 de la era cristiana, invocando la bendición prometida por Dios en la primera lectura de hoy. En efecto, el breve texto del libro de los Números nos ha recordado la fórmula entregada por Dios a los sacerdotes para bendecir en su nombre a los israelitas, con el compromiso garantizado de su eficacia. Esta es la oración de bendición: “El Señor te bendiga y te proteja; el Señor ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz” (Num 6, 24-26).

Dios ha cumplido ya su compromiso; y ha llevado a plenitud su bendición sobre los miembros de su pueblo santo al mostrarles visiblemente su rostro en Jesús, que es la imagen perfecta del rostro invisible de Dios. Así nos lo recuerda la carta a los Hebreos, cuando afirma que Dios “nos ha hablado por el Hijo”, el cual “es reflejo de su gloria” (Heb 1,3). Por ello, hoy presentamos nuestra súplica de bendición con estas palabras: Que el Señor Jesucristo nos bendiga y nos proteja en el nuevo año; que nos conceda la gracia de conocer su rostro y de reflejarlo día a día en nuestra propia vida; que abra nuestros ojos para reconocer su imagen en todos los hermanos; que se fije con amor en nosotros y nos conceda su luz, su salvación y su paz.

Volvemos al texto de la carta a los Gálatas: “Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción”.

La fiesta de hoy invita a centrar nuestra atención en esta otra afirmación del texto: “nacido de una mujer... para que recibiéramos el ser hijos por adopción”. En esta frase se comienza a acentuar que María es la madre del Hijo de Dios en función de la misión del Hijo único en favor de todos los hombres: para que cuantos reconocen la gloria del Hijo único del Padre reciban el poder para ser hijos de Dios (cf Jn 1, 12). Es decir, ser la Madre del “Hijo único de Dios, que es Dios y está en el seno del Padre” (Jn 1, 18), es ser la Madre de Dios y de todos los que recibimos por la fe en el Hijo único el poder de ser hijos de Dios por adopción.

La adopción como hijos de Dios no se realiza por un trámite legal, consignado en un documento, sino por el don del Espíritu. Así lo afirma explícitamente el texto de la carta a los Gálatas: “Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba! Padre. Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también



heredero por voluntad de Dios” (4, 6-7). El envío del Espíritu a nuestros corazones da origen a nuestra condición de hijos y es la prueba de que somos hijos de Dios, a la vez que es la garantía de nuestro derecho a participar en la herencia del Hijo único.

Una parte de esta herencia que el Hijo nos ha dejado es María, su Madre virginal, confiada a nosotros como Madre espiritual. Esta herencia se ha transmitido también como obra del Espíritu Santo. María concibió al Hijo único de Dios por obra del Espíritu Santo y es madre de los que vivimos en Cristo por el don de su Espíritu. Por ello, la maternidad de María respecto de Jesús es el modelo para comprender su maternidad respecto de nosotros.

De María tomó el Hijo de Dios su carne y su sangre. Pero lo decisivo no es nacer de carne y de sangre, ni de amor mundano, sino de Dios (cf Jn 1, 13). Y Jesús declaró dichosa a su madre no por haberle tenido en su seno y haberle alimentado con su pecho, sino por haber escuchado la Palabra de Dios y haberla puesto en práctica (Lc 11, 27-28). Pues la maternidad de María tiene como fin el nacimiento de la verdadera familia de Jesús, que está constituida por los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica; éstos son la madre y los hermanos de Jesús (Lc 8, 19-21).

El Evangelio hoy proclamado nos ha descrito la forma en que María y José cumplieron la misión de cuidar y educar religiosamente al niño Jesús.

Sólo María y José conocen el misterio que envuelve a su hijo Jesús, como criatura del Espíritu Santo. Ambos han recibido de Dios en diversos momentos la revelación de la condición de su hijo como Hijo de Dios, que viene a salvar al pueblo de sus pecados; por ello, ha de ser llamado con el nombre de Jesús. Ambos pudieran haber reconocido el cumplimiento de las Escrituras en el nacimiento de su hijo en Belén. Además escuchan con admiración lo que los pastores les dicen haber oído de aquel niño. Y es bien probable que al asombro le acompañase el desconcierto, por la forma en que Dios realiza sus planes, haciendo nacer a su hijo en la mayor pobreza. Por ello, “María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” (Lc 2, 19). A semejanza de María, nosotros debemos pasar de la mera admiración exterior a guardar en el corazón y meditar en sereno silencio el misterio del nacimiento del Hijo de Dios.

María y José cumplen fielmente las prescripciones de la ley respecto de su hijo y le circuncidan en el tiempo oportuno. Y obedecen el mandato de Dios y ponen a su hijo el nombre que le había dado el ángel, reconociendo así la misión salvadora que Dios le ha confiado. De manera semejante, los padres cristianos están llamados a consagrar sus hijos a Dios en el bautismo, a recoger y discernir las señales que Dios les vaya dando de la vocación a la que los llama, y a acompañarlos con el testimonio de vida y la palabra en el seguimiento de Jesús.



Carlos López Hernández

Hemos expresado ya nuestra súplica al Señor en el comienzo de este nuevo año. Y en ella hemos incluido la petición del don de la paz. A este aspecto nos referimos ahora en esta Jornada Mundial de la Paz.

El Mensaje de Benedicto XVI para la Jornada Mundial de la Paz, en este año 2013, está inspirado en las palabras de Jesucristo: “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios” (Mt 5,9).

Esta bienaventuranza presupone una visión del hombre abierta a la trascendencia y a la comunión con Dios. La paz es don de Dios y obra del hombre en orden a una convivencia basada en la verdad, la libertad, el amor y la justicia. Por ello, la construcción de la paz tiene como requisito previo reconocer la verdadera naturaleza del ser humano y su capacidad innata de conocer la verdad, el bien y a Dios mismo. Sin la verdad sobre el hombre, inscrita en su corazón por el Creador, se menoscaba la libertad y el amor, y la justicia pierde el fundamento de su ejercicio. En consecuencia, el cultivo de la verdadera paz requiere la superación de la dictadura del relativismo moral y de una moral totalmente autónoma, que cierra las puertas al reconocimiento de la ley moral natural inscrita por Dios en la conciencia de cada hombre.

La paz es un orden de relaciones vivificado por el amor y la comunión de los valores espirituales. Para su eficaz construcción es necesario y urgente el nuevo anuncio de Jesucristo, que es nuestra paz, nuestra justicia y nuestra reconciliación (cf. Ef 2,14; 2Co 5,18).

Los que trabajan por la paz son quienes aman, defienden y promueven la vida humana en su integridad, desde su concepción hasta su fin natural, así como la estructura natural del matrimonio como unión de un hombre y una mujer. Estos principios están inscritos en la misma naturaleza humana, se pueden conocer por la razón, y por tanto son comunes a toda la humanidad. El trabajo por la paz requiere también el respeto de los derechos humanos fundamentales, entre los que se encuentra el derecho de libertad religiosa de las personas y las comunidades, limitado de forma creciente por la intolerancia religiosa, incluso en países de antigua tradición cristiana.

El trabajo por la paz se enfrenta hoy con el creciente auge que tiene en la opinión pública la ideología del liberalismo radical y de la tecnocracia, que insinúan que el crecimiento económico se ha de conseguir incluso a costa de erosionar la función social del Estado y de las redes de solidaridad de la sociedad civil, así como de los derechos y deberes sociales. La afirmación de la absoluta libertad de los mercados está amenazando actualmente de forma especial al derecho al trabajo. A este propósito, el Papa reitera con energía que la dignidad del hombre, así como las razones económicas, sociales y políticas, exigen que se siga buscando como prioridad el objetivo del acceso al trabajo, con nuevas y valientes políticas de trabajo para todos.



Carlos López Hernández

Además, es actualmente necesario construir la paz con un nuevo modelo de desarrollo y una nueva visión de la economía, que integre el principio de gratuidad, como expresión de fraternidad y de dar a los demás las propias capacidades y de la propia iniciativa. Es necesaria una correcta escala de valores y bienes, que tenga a Dios como referencia última y haga posible la estructuración ética de los mercados monetarios, financieros y comerciales, de modo que no se cause daño a los más pobres. Y hay que atender con mayor resolución a la crisis alimentaria, mucho más grave que la financiera. También el mundo político actual necesita un pensamiento nuevo y una nueva síntesis cultural, para armonizar las múltiples tendencias políticas con vistas al bien común.

Por último, el Mensaje papal se refiere a la educación para una cultura de la paz en la familia y en las instituciones, así como a la necesidad de promover una pedagogía del trabajo por la paz.

Esta pedagogía pide una rica vida interior, principios morales claros y válidos, actitudes y estilos de vida apropiados. Es necesario enseñar a los hombres a amarse y educarse a la paz, y a vivir con benevolencia, más que con simple tolerancia. Es fundamental que se cree el convencimiento de que hay que decir no a la venganza, hay que reconocer las propias culpas, aceptar las disculpas sin exigir las y, en fin, perdonar, de modo que los errores y las ofensas puedan ser en verdad reconocidos para avanzar juntos hacia la reconciliación. Esto supone la difusión de una pedagogía del perdón. El mal se vence con el bien, y la justicia se busca imitando a Dios Padre que ama a todos sus hijos (cf. Mt 5,21-48) y siguiendo el ejemplo de entrega total de Jesús.

Salamanca, 1 de enero de 2013